

CAPITULO VIII.

DE LA LLAMADA ESCUELA NEO-CATÓLICA.

I

¿Qué se entiende por neo-catolicismo?—Nadie ha dado, que sepamos, una definicion seria y razonable. Se abusa de la palabra, y no se la explica; esto puede ser obra de la ignorancia, y puede tambien ser obra de la malicia. Esclarecerémos el punto hasta donde nuestras fuerzas lo permitan.

No hay mas que un catolicismo, no hay mas que una verdad: el catolicismo, como verdad del cielo, no está sujeto á los periodos de muerte y renovacion que son propios de las obras puramente humanas; neo-catolicismo tanto vale como catolicismo *nuevo*; y tratándose de la verdad absoluta, no hay novedad ni vejez: todo lo que no sea el catolicismo de siempre *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*, no es catolicismo. Acontece con frecuencia que los enemigos de una

institucion fuerte y respetable, para llevar á cabo su descrédito, y á ser posible su ruina, no la acometen de frente tal cual es, sino que la revisten de alguna circunstancia odiosa, la desfiguran á fin de que el ataque escandalice ménos, pero destruya más. Los enemigos sistemáticos del poder real, jamas en sus diatribas usan de la palabra monarquía; prefieren siempre la de despotismo. ¿Podrá ser que á semejanza de los adversarios de la verdad monárquica, los adversarios de la verdad católica pretendan atacarla bajo el carácter y nombre de neo-catolicismo? Campo muy dilatado ofrece á la sospecha y al temor la saña con que combaten y denuestan una escuela que no se toman el trabajo de examinar; una escuela cuyas doctrinas no exponen y analizan; una escuela, en fin, de que solo ven brotar hipócritas y malvados; á la manera que los antimonárquicos no conocen mas soberanos en sus libros y en sus prácticas que Dionisios de Siracusa, Nerones de Roma y Pedros de Castilla.

La escuela neo-católica es una especie de fénix científico y político, de quien todo el mundo habla y que nadie en el mundo ha visto.

¿Nadie?... oímos ya que nos preguntan de diversas partes. ¿Nadie ha visto la escuela neo-católica? ¿Nadie ha leído las obras de Maistre, de Chateaubriand y de Donoso Cortés? ¿Nadie ha ob-

servado la marcha de ciertos políticos? ¿Nadie ha comprendido que sobre los preceptos y verdades de la religion hay quien desea fundar y organizar todo un sistema político? ¿Nadie ha parado mientes en la influencia que al clero dan algunos hombres, y en el empeño que muestran por enervorizarse á toda hora y aparecer en puntos de autoridad mas realistas que el rey, y en puntos de religion mas papistas que el Pontífice? ¿Y pensais que esos hombres conforman sus obras con sus palabras, practican lo que predicán y adoran lo que ponderan? ¿Pensais que su objeto es otro que halagar á la crédula multitud y vivir holgadamente á la sombra del árbol de la verdad que jamas cultivaron, y del que tal vez hicieron leña en épocas no remotas de su vida?...

Nada hay mas fácil que satisfacer cumplidamente á estas abrumadoras interrogaciones.

Para asegurar que la escuela neo-católica consiste en un grupo de políticos que explota las verdades religiosas en pró de sus intereses puramente mundanos, es de previa é indispensable necesidad probar que esos hombres no sienten lo que dicen; probar que el que una vez erró, no puede volver al camino de la sana doctrina; probar, en fin, que la humanidad es tan mala y depravada, que solo usa el lenguaje del bien para disfrazar y hacer simpática la repugnante figura del mal;

y tal prueba es imposible, absurda y anticristiana; de donde lógicamente se desprende que la escuela neo-católica, segun el vulgo nos la describe, tiene por exclusivo fundamento un pecado contra la caridad, un juicio precipitado y malévolo, un agravio al prójimo, á quien debemos amar como á nosotros mismos.

II

La ley de la caridad, la ley de la verdad, que son altísimas leyes de bienestar social, nos mandan creer á nuestros hermanos por lo que dicen: el dia en que la palabra humana pierda su eficacia, habrán retrocedido las sociedades desde los últimos términos de la razon ilustrada por la fe, hasta los sombríos confines del instinto. El sistema de no creer la verdad á titulo de que no la cree el que la predica, es un sistema diabólico, por cuanto goza del privilegio, diabólico tambien, de no ser aplicado mas que á las verdades religiosas. Digamos á un filósofo moderno que Kant no sentia lo que escribió; que Hegel profesa una doctrina diversa de la que en sus libros desenvuelve; que Voltaire amaba al Pontificado en el secreto de su alma; que Volney era de labios adentro un perfectísimo creyente; ¿y qué nos responderán los filósofos modernos? Despues de una

serie de epigramas, nos recordarán quizá que *ex abundantia cordis os loquitur*. ¿Nos estará por ventura prohibido aplicar á nuestra vez esta máxima de la eterna Sabiduría?

Queremos hacer al vulgo una concesion; queremos admitir que haya hombres en quienes la viveza de la fe no corresponda á la elocuencia de las palabras. No somos tan optimistas que neguemos en nuestro siglo y en nuestros dias, un vicio que es de todos los siglos y de todas las épocas: la hipocresía. Desde el tétrico fariseísmo hasta el jansenismo astuto, hay en la historia, no solo individualidades, sino sectas enteras, que profesando en ciertas doctrinas un rigorismo intransigente, muestran en otras una deplorable laxitud; y á nadie que sepamos habia ocurrido hasta ahora fundar toda una escuela sobre la base de un vicio, ya real y efectivo, ya simplemente creado por la calumnia. La verdad es siempre una; la enseñanza evangélica siempre es buena y pura, sean cuyos fueren los labios de donde brote, á la manera que el agua cristalina y limpia no altera su naturaleza y cualidades porque llegue á nosotros en caño de oro, ó porque descienda de caño de barro.

Vengamos, pues, al terreno de la lógica rigurosa: ¿se trata de doctrinas, ó se trata de personas? El llamado neo-catolicismo, ¿es ó no el conjunto de verdades religiosas y morales que en todo

tiempo ha profesado, defendido y predicado la Iglesia católica-apostólica-romana? Los llamados neo-católicos ¿propalan doctrinas *nuevas en sí*, ó nuevas solamente *en sus labios*? En una palabra, el neo-catolicismo, ¿está en la predicacion, ó está en los predicadores?

No tenemos noticia de que en los libros ni en los escritos de todo género pertenecientes á filósofos y á políticos de los que el vulgo (siempre dispuesto á repetir las voces que no entiende) llama neo-católicos, se contenga ningun nuevo sistema religioso, ni se emitan otras verdades que las recibidas y acatadas por la Iglesia. ¿Por qué, pues, es *nuevo (neo)* ese catolicismo?

Es preciso hablar con franqueza, ir en busca de la verdad hasta descubrirla, y una vez descubierta, exponerla sin rodeos. Desde el momento en que sonó por primera vez el fatídico nombre de *neo-catolicismo*, comprendimos (y no fué ningun prodigio de perspicacia) que empezaba á descargar la tempestad formada por los negros vapores del error sobre la verdad católica. Desde luego nos ocurrió esta pregunta sencillísima: ¿son católicos viejos los enemigos de los *neo-católicos*? Y una triste experiencia nos ha proporcionado el convencimiento de que, tratándose de ese partido imaginario, de esa escuela creada *ad hoc* por sus propios enemigos, no es lo de *neo* lo que se

combate por ellos; es lo de *catolicismo* lo que excita sus iras y ocasiona sus ataques. Combatir el catolicismo crudamente, á sangre fria, era empresa arriesgada; que no llega á tal punto en España la negligencia de los gobernantes, ni la tolerancia de las leyes: fué preciso disfrazar un poco la víctima para asegurar los golpes; imponer un nombre nuevo, y maltratar la idea antigua. ¿Qué otro objeto pudo tener la forzada creacion de una escuela que debe la existencia al tenaz empeño de sus adversarios?

III

Si se nos dice que el neo-catolicismo es simplemente un partido político como tantos otros que han nacido, y crecido y muerto en el vasto campo de nuestras disensiones intestinas, todavía tendremos un grave cargo que hacer: el cargo de que se emplee un nombre augusto para un objeto baladí; el nombre de una doctrina universal, civilizadora, divina, para expresar una fraccion de fraccion, una parcialidad de las mil que combaten por los menguados intereses de la tierra, con las armas de la soberbia humana. El todo no puede ni debe confundirse con la parte; y el catolicismo es el magnífico todo, capaz de abarcar y comprender en sí á cuantos partidos políticos

y formas de gobierno se funden en los principios eternos de autoridad, justicia y orden. El catolicismo es la vida, y vivifica á todo cuanto con él hace alianza.

IV

El llamado neo-catolicismo, ¿es, por ventura, en política el absolutismo? Así parece que lo entiende el vulgo de los hombres políticos; pero el vulgo rara vez tiene razon. Antiquísima es la forma de gobierno absoluto: desde Saúl hasta el actual emperador de Rusia median algunos siglos y algunas monarquías absolutas: mil y ochocientos años hace que el catolicismo vive, y vive en perfecta armonía con monarquías y con repúblicas, con aristocracias y con oligarquías: diez y nueve siglos han tardado los hombres en averiguar que el catolicismo *nuevo* es ni más ni menos el absolutismo *antiguo*. La lógica se pierde en el camino de estas sutilezas, y retrocede entre indignada y rendida.

¿Tendrá algo el neo-catolicismo de aquella escuela tradicionalista, aniquiladora de la razon, escuela censurada por el Sumo Pontífice Gregorio XVI en una famosa encíclica? En nuestro juicio no debe ser eso el neo-catolicismo, porque multitud de escritores tenidos por neo-católicos

hacen la debida justicia á la verdad teológica y filosófica, respetan el *rationabile obsequium* del Apóstol, y defienden la razon en su legitima esfera, considerándola como el precioso vestibulo que da entrada al santuario de la fe.

¿El neo-catolicismo es por ventura el ultramontanismo? En estos tiempos de borrasca científica en que salen á la superficie los sedimentos del fondo, han resucitado las antiguas contiendas de la llamada escuela ultramontana; pero con tan escasa oportunidad y con tan menguada fortuna, que apénas hay escritores verdaderamente graves que se ocupen en semejantes pequeñeces, relegadas como están á la pobre categoría de lugares comunes, muy buenos para canonistas principiantes, pero impropios ya de los razonadores sabios y prudentes.

El ultramontanismo y el regalismo se concebían sin dificultad en aquellas épocas de apogeo para la Iglesia, cuando por circunstancias del momento sus intereses chocaban en algo con los intereses del Estado; cuando la Iglesia representaba un poder magnífico; y por no estar bien determinados los límites entre el sacerdocio y el imperio, se originaban conflictos y se alegaban razones, y se defendían, en fin, con igual ardor los derechos de una y otra potestad: pero cuando todo ha desaparecido; cuando el poder material de

la Iglesia ha dejado de existir; cuando despues del Concilio de Trento, los concordatos celebrados entre la Santa Sede y los soberanos de Europa han puesto término á los antiguos conflictos; cuando las fronteras del sacerdocio y del imperio están perfectamente deslindadas; cuando la Iglesia por una serie de cesiones se ha despojado de gran parte de los elementos que ántes constituían su fuerza física, ¿quién podrá hablar en serio de ultramontanismo y de regalismo? Solamente los exhumadores de muertas doctrinas, especie de arqueólogos del error, pueden confundir el ultramontanismo de aquellos tiempos de la universidad de Bolonia en que se debatía, digámoslo así, el derecho constituyente, con el llamado neo-catolicismo de estos tiempos en que el derecho está constituido, en que ni la escuela ni el nombre tienen ya razon de ser. Hoy la ciencia debe reconocer y confesar que á este y al otro lado de los montes la verdad es verdad, la mentira es mentira, y la razon acaba por tener razon. Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César: hé aquí la santa y sábia máxima que conjura las tempestades producidas en el horizonte de la ciencia y de la sociedad por el choque de las ya disueltas escuelas ultramontana y regalista.

Aun en sus tiempos de mayor pujanza el ultramontanismo para nada se refería á las verdades

esenciales del dogma católico, ni pretendía añadir verdad alguna: su campo era la disciplina, que era también el campo del regalismo, cuyos partidarios, por el hecho de ser regalistas, ciertamente no eran tenidos por anticatólicos. Si, pues, en la época en que estas escuelas gozaban vida propia y se disputaban la influencia en las aulas, á nadie ocurrió confirmar á una de ellas con el extraño nombre de neo-catolicismo, ¿cómo podrá probarse que hoy resucita aquella escuela con ese extraño nombre, hoy que cabalmente carece de objeto y de toda aplicación?

El llamado neo-catolicismo no pasa, pues, de ser, como partido político, una quimera; como escuela religiosa, un absurdo. El neo-catolicismo es una entidad moral que no es por sí, no es sino por cuanto quieren que sea los enemigos del catolicismo. El neo-catolicismo no habla; pero se habla del neo-catolicismo: la única prueba positiva que hay de que exista el llamado neo-catolicismo es la guerra sin tregua que bajo este nombre se hace á la verdad católica.

V

Estudiando atentamente el fenómeno de la gritería promovida con motivo de ese neo-catolicismo que nadie define, que nadie profesa, y nadie

acepta, meditando sobre el origen que pueda tener ese partido, escuela, secta ó como quiera llamarse, hemos obtenido las siguientes deducciones.

Ha habido un tiempo en España, tiempo no muy lejano de nosotros, en que dominando los vientos que produjeron en Francia la horrible tempestad de 1793, hizose de moda el no creer; moda añeja, de mal gusto, como que viniendo del otro lado de los Pirineos, tardaba en el viaje cuarenta años, plazo en el cual ya las ideas francesas habian sufrido dos ó tres evoluciones. ¡Cosa rara! Cuando el catolicismo era proclamado en Francia como única escuela civilizadora; cuando al impulso de escritores como Chateaubriand se verificaba una reaccion en pró de las verdades eternas y de las doctrinas de justicia y de orden, en España regia el modelo atrasado, é imperaba una especie de romanticismo de la impiedad, que bien á las claras demostraba el deplorable retroceso en que viviamos. Y de tal manera gravitaba la tiranía de la moda sobre los hombres del siglo, que hasta los creyentes, faltos de valor y temerosos de pasar por *obscurantistas*, se disfrazaban de espíritus fuertes, y fingiendo no creer ni practicar, hacian causa comun con los declarados enemigos del catolicismo.

Duró esta pobre mania algunos años; y á mo-

da empezó á pasar. Las complicaciones interiores y exteriores, el curso de los sucesos y de los tiempos, el gusto por el estudio de las ciencias morales y políticas, el ejemplo de algunos grandes pensadores de Europa, y sobre todo la fuerza misma de la verdad, hicieron imposible la continuacion de una comedia en que la mitad de los actores no podian ya con el peso de su papel. Suscitáronse cuestiones; fué preciso hablar; fué preciso aparecer ante el mundo con la faz descubierta; afiliarse francamente bajo la bandera del catolicismo, combatido en muchas partes á nombre de la filosofía y de la política, ó bajo la bandera de la emancipacion religiosa, donde caben todos los errores y todos los absurdos.

Sucedió que muchos incrédulos por debilidad y por moda, pero creyentes en el fondo de su alma, tuvieron el necesario valor para romper con la moda, y alejarse de la farsa por tantos años sostenida. No empezaron entónces á creer; empezaron á confesar que habian creído siempre; empezaron á ser sinceros; y los no creyentes que vieron este cambio, sin poder explicárselo, que vieron desertar de sus filas á los campeones quizá mas ilustres, gritaron: «*desercion, desercion*: hé ahí los nuevos convertidos; hé ahí los nuevos devotos; hé ahí los neo-católicos.»

Este es á nuestros ojos el principio genuino, el

verdadero origen del llamado neo-catolicismo. Claro está que por una parte el vulgo, y por otra el espíritu de partido que todo lo corrompe y envenena, han dado á aquella palabra una significacion arbitraria y á todas luces inexacta, trayendo en mal hora un nombre venerando para descargar sobre él, con pretexto de la política, los golpes mas rudos y escandalosos.

VI

Una observacion para concluir: conocemos un neo-catolicismo, ó mas bien un neo-cristianismo, un catolicismo *sui generis*, contra el cual conviene estar prevenidos y avisados. Consiste esa especie de escuela en invocar á todas horas el Evangelio santo y prepagar los errores mas funestos: adorar á Jesucristo por cuanto humilde, por cuanto pobre, y hostilizar á su Iglesia y levantarse contra su Vicario sobre la tierra. Este catolicismo no debe en rigor llamarse *neo* ó nuevo, porque es una secta antigua, tan antigua, que se remonta á los tiempos de Juliano. Entónces, como ahora, se decia que los clérigos nada tenian que ver con la sociedad; que los bienes debian quitarse á las iglesias, para que así los ministros del altar se entregasen con mayor celo al cuidado espiritual de los fieles: entónces, como ahora,

se invocaban las sublimes palabras: *Regnum meum non est de hoc mundo*, y dándoles una interpretación material y torcida, se anteponian como excusa á los atropellos mas violentos, á las expoliaciones mas crueles. Aquel mentido catolicismo, diabólicamente hipócrita, y otro catolicismo ditirámbico que hay en la actualidad, á manera del canto engañoso de la sirena, se parecen mucho en sus palabras y en sus obras: no habria inconveniente en llamarle ahora *neo-catolicismo*, ó mejor todavía, *pseudo-catolicismo*. Verdaderamente no conocemos hipocresía mas extraña, ni mas funesto sistema contra la verdad, ni mas horrenda enseñanza para la muchedumbre ineducada. «Hay una casta, dice el mismo Dios en el libro de los Proverbios, que se tiene por pura, y sin embargo no está lavada de manchas; una casta cuyos ojos son altivos y sus párpados alzados á lo alto.» Y en otro libro: «Hay quien se humilla maliciosamente, y sus entrañas están llenas de engaño.» No parece sino que para los espíritus soberbios de nuestra época escribió Isaías estas palabras: «Y dijo el Señor: porque este pueblo se me acerca con su boca y con sus labios me honra; mas su corazón está lejos de mí; y me dieron culto, según mandatos y doctrinas de hombres.» San Pablo, en una de sus Epístolas, asegura que llegarán tiempos en que «apostatarán

algunos de la fe, dando oídos á espíritus de error y á doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentira, y que tendrán cautivada su conciencia.»

Si no son estos los tiempos á que San Pablo se referia, convengamos en que los caracteres de la moderna propaganda anti-católica, en el seno del catolicismo, tienen muchos puntos de contacto con aquella prediccion, pues pocas veces la soberbia ha logrado mayores triunfos, ni el error ha contado con tantos y tan ardorosos partidarios.

Si la llamada escuela neo-católica fuese el absolutismo, poco tendria que temer de ella la sociedad: el absolutismo es una doctrina política, y su esfera no se extiende á ciertos intereses vitales para los pueblos y para las familias. Si la llamada escuela neo-católica fuera el ultramontano, poco debiera importar, pues las cuestiones entre ultramontanos y regalistas quedan ya relegadas á las aulas de Derecho. Si la llamada escuela neo-católica fuese una entidad real y verdadera, poco podria influir, por cualquier lado que se la considerase, en los destinos de las sociedades modernas. No así la escuela *pseudo-cristiana*, que mira la religion como *un sistema apreciable*; que con las frases mas dulces predica las negaciones mas horrendas; sectas de escribas y fariseos, de quienes dijo San Mateo: «Sois semejantes

á los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. Así tambien vosotros, de fuera os mostrais en verdad justos á los hombres; mas de dentro estais llenos de iniquidad y de hipocresía!» Contra esta malhadada escuela, que es enemiga de toda autoridad, empezando por la de los hombres y concluyendo por la de Dios, han de encaminarse las ciencias morales y políticas para asegurar sobre la tierra el imperio de la verdad, de la bondad y de la belleza.

CAPITULO IX.

LA FE. — EL DOGMA. — LAS CIENCIAS.

I

Hé aquí un dilema cuya fuerza no intentará negar el audaz racionalismo de nuestros días: ó el hombre nace, crece y muere en la tierra como una planta que piensa, y sin mas relaciones ni mas responsabilidad moral, sin mas trascendencia que la de las otras plantas que no piensan; ó el hombre tiene sobre la tierra un alto destino que cumplir, y sus acciones trascienden á otra esfera; más claro: ó no hay en el hombre mas que polvo que vuelve al polvo, ó hay en el hombre *algo* impalpable, indestructible, inmortal; ó brilla ó no brilla en el alma, que ahora dicen los filósofos el *yo* humano, aquel *lumen vultus domini* cantado por el poeta de los siglos.

Si el hombre es tierra y nada mas que tierra, que no lo divinicen los racionalistas; si en el hombre hay *algo* inmortal que lo asemeja con su Cria-